3 1761 05643349 3

Cervantes de levita

Nuestros libros de caballería

Dos ensayos de crítica

por

E. Barriobero y Herrán

Precio: UNA peseta.

MADRID
Vicente Balmaseda, Editor
San Vicente, 8 y 10, tercero
—
1905

A mi querido amigo
Manuel Abril, cariñoso
recuerdo del
Autor

Cervantes de levita

Nuestros libros de caballería

(Dos ensayos de crítica)

Cervantes de levita

Nuestros libros de caballería

Dos ensayos de crítica

por

E. Barriobero y Herrán

MADRID
Imprenta de Ricardo Rojas
Campomanes, 8.—Teléfono 316

1905

LIBRARY
AUG 18 1971
UNIVERSITY OF TORONTO

Propiedad del editor.
Cumplidos los requisitos legales.

PQ
6603
A76C4
1905

Al Excmo. Sr.

D. Ginés Codina Sert.

Quiero que mis lectores conozcan el nombre de usted antes que el contenido de este libro, para que si en él encuentran algo que de deleite pueda servirles, sepan á quién han de agradecerlo.

Usted me alentó con el ejemplo cuando le vi abandonar las concupiscencias de su hogar opulento, para predicar las indudables excelencias de sus bien meditadas Escuelas progresivas.

Usted aceptó y pagó con largueza la cooperación de mi modesto trabajo, rechazado antes por todos aquellos á quienes lo ofrecí... y muchos de ellos habían comido mi pan cuando, como usted hoy, dispuse de medios de fortuna que sacrificar á mis ideales.

Es la primera ocasión que tengo para ofrecer á usted público testimonio de mi gratitud, y en ello me complazco, si bien mi complacencia no es tan grande que llegue á compensar el dolor que me produce no haber podido colocar esta página al frente de una obra de mayor mérito.

Siempre de usted afectísimo seguro servidor

q. b. s. m.,

J. Barriobero y Herrán.

Cervantes de levita

Cervantes de levita

I

¿Cree usted que hemos vivido otra vez? preguntaba un personaje de Maupassant, y esta sencilla pregunta, en la que el aventajado discípulo de Flaubert quiso encarnar, más bien que la rancia conseja de la transmigración, la sugestiva teoría de la transformación del espíritu, es una de las frases afortunadas de los grandes autores, que tienen el don de hacernos pensar, de llevarnos á discutir con nosotros mismos; es un pensamiento simpático de los que recogemos como cristalizaciones de un mineral precioso y los des-

tinamos para pisapapeles de disertaciones inéditas ó de abigarradas pautas de arqueología literaria ó filosófica.

Contemplando las aristas, examinando la curiosa superposición de los átomos de mi hallazgo, me distraje; rodó un instante sin freno mi imaginación, y al recobrarme, vi en el extremo de la última cinta cinematográfica la figura gigantesca de Cervantes; pero no ataviado con ferreruelo y golilla, sino embutido en una extraña levita, de gusto provincial, más propia de un diputado novicio que de un predilecto de la fama.

Aquella imagen fué para mí un hallazgo triste, cual la sonrisa de una mujer anémica; pero, como el espíritu avezado á la soledad y al dolor se recrea lo mismo con los aguijonazos que con las caricias, procuré retener mi triste sensación durante la mayor cantidad posible de tiempo, gozar separadamente los tres momentos de impresión, transmisión y recepción; dar substancia, materia y forma á mi quimera, y cuando ya no tuve fuerza para conseguir que la realidad continuara

sometida á la esclavitud de mi imaginación, me pregunté, como el personaje de Maupassant, ¿hemos vivido otra vez? ¿Después de la muerte, volveremos á vivir?

II

Yo me figuro á Cervantes trasplantado á esta época feliz en la que apenas se conocen otras palabras que las de *tuyo* y *mío*, en la que en las grietas de las peñas forman su república los solícitos é indiscretos caciques, en la que los Silvela, los Villaverde y los Maura se suceden en el papel de Caraculiandros detentadores de la ínsula Melindrania, contra la que en vano la Micomicona del gorro frigio busca en Salmerón un caballero de los Leones, que, á riesgo de su vida, reivindique sus derechos, en la que cualquier caballero armado de punta en blanco se convierte en lacayo Tosilos y renuncia al honroso combate, si la hija de Doña Rodríguez tiene en metálico lo que la falta de honor, en la que hay tocinos y no hay estacas, á despecho de Sancho, quien llo-

raría amargamente si contemplara cómo la hipoteca, la retroventa, la contribución territorial y los consumos, han logrado ponerle puertas al campo.

Le veo salir pálido de la cárcel de Argamasilla y llegar á Madrid, con su paquete de papeles emborronados, decidido á proceder con el mayor ahinco á la busca y captura de un editor razonable. Trata de orientarse por la cuarta plana de los periódicos y no lo consigue: los editores no se anuncian; busca en algunos libros el pie de imprenta y nada alcanza; si en alguno aparece estampado el nombre de una casa editorial, el dato es inútil, porque la empresa falleció; pregunta á los guardias, y como no saben castellano, le hacen atravesar el ridículo de llegar á verse frente á un hombre que nada entiende de estas cosas, ¡le han mandado á la casa de un *auditor!*

En cambio, á las cuarenta y ocho horas de su llegada, ya en la tertulia de media noche de un café céntrico, se ríe la ocurrencia de que el alcabalero de Argamasilla haya llegado con propósito de

conquistar Madrid sin otras armas que un novelón en seis ú ocho mil cuartillas titulado *Don Quijote de la Mancha.* ¡Y qué *chistes* hacen los autores del *género chico* á costa del *pobre hombre!* "¡Mañana va á querer estrenar en el Español el agente ejecutivo de Majadahonda! ¿Sabéis que el alguacil de Móstoles viene la próxima semana á dirigir *El Imparcial?* ¿Tenéis noticia de que al sacristán de la Espernada le han nombrado Académico de la Lengua?—¿Correspondiente?—¡Sin correspondencia!... no sabe escribir... Rien estrepitosamente los *ingenios* y de mesa en mesa corren las donosas sátiras que en el corrillo presidencial se hacen contra el atrevido *recaudador.*

Pasa Cervantes muchos días estudiando analíticamente lo que ve detrás de las vidrieras de las librerías; persígnase muchas veces ante el abigarrado mosaico que forman la novela patibularia, los indigestos bocetos sobre motivos de la eterna cuestión social, los *Manuales del perfecto barrendero,* y los Iris y las Ancoras y los Salterios, consagrados A. M. G. D.

Calcula, medita y al fin... entra, dominando ese impedimento, mezcla de pudor y repugnancia, que siente el católico al visitar una pagoda, el hombre honrado al entrar en la Delegación de vigilancia, la doncella al ser arrastrada al mercado de la carne...

Ofrece su obra, y una sonrisa de conmiseración se asoma á los labios del librero. "Amigo mío—dice al fin éste—, yo por ahora no edito nada; si usted imprime su libro, le tomaré una docena de ejemplares en comisión al 40 por 100 para liquidar cada seis meses.„

Sale de allí corrido y asustado; tarda muchos días en encontrar la dirección de otro editor, y este segundo le aconseja que escriba de quiromancia ó cualquiera otra rama de las *ciencias ocultas*.

Otro, quiere enterarse al detalle de lo que pasa en *Don Quijote;* pregunta si hay escenas de amor intenso, en las que con frases sutiles y poco veladas se describan hechos consumados, con sibaríticos detalles; si hay adulterios, violaciones ú otros quebrantamientos del orden moral, que

tengan por objeto excitar el culto pasional á la belleza plástica, porque por ahí precisamente es por donde *va* el público y *pues lo paga, es justo*...

Ya está casi agotada su paciencia, ya se dispone á quemar el manuscrito, cuando un amigo le habla de otro editor, gran literato, académico, hombre de mundo y ¡hasta *Mecenas* de las letras! Intenta tratar con éste de su asunto, siéntase en su antesala infinidad de veces, logra saberse de memoria los *bibelots*, las macetas y los cuadros; pero no consigue hablar con el académico. Resuelve dirigirle una carta en la que hace una sucinta descripción de la fábula, tendencia y objeto de su obra, subrayando cuidadosamente que su aspiración suprema es dar al traste con los libros de caballerías—también hoy los hay—que son el más poderoso anestésico que imprudentemente se aplica á todas horas contra el sentido y el buen gusto literarios.

Pasan muchos días, y al fin recibe la contestación anhelada: es una carta que huele á *peau d'Espagne*, lleva un mem-

brete saturado de adjetivos y sólo contiene media docena de frases en las que se advierten á primera vista enojosas pretensiones de un humorismo, tan distante del arte y la cultura, como próximo á la grosería. En ellas, el *Mecenas* aconseja que no se muevan las cenizas de tiempos que fueron y se traten sólo cuestiones de actualidad, problemas de los que forman la trama de la vida que se vive en nuestros días.

Acaba Cervantes de leer la carta y se lleva á la cabeza las dos manos, las dos, sí, señores, porque viviendo en nuestra época, no ha caído en la insensatez de sacrificar una por esta Patria reducida á ser la *viña del Señor*... Silvela, Sánchez Guerra ó Weyler, y porque, además, hasta la cárcel de Argamasilla ha llegado la noticia de que para vivir, hoy por hoy, con relativo desahogo, hace falta, sobre todo y ante todo... *mano izquierda*, mucha mano izquierda.

Convencido de la escasa virtualidad de su obra y de las pocas atenciones que se dispensan á su persona, pregunta luego

por aquella raza bienhechora de los Condes de Lemos, y al cabo de muchas pesquisas, logra saber que los vástagos que quedan tienen dedicada su atención y ocupado su bolsillo en obras más prácticas que la de proteger autores ó contribuir á la cultura nacional: éste organiza el *trust* del pan, la carne, la leche ó cualquier otra subsistencia indispensable; el otro da dinero en primera hipoteca al 20 por 100 sobre garantía sólida; aquél negocia en la compraventa de antigüedades, que falsifica ó adquiere á precio ínfimo y avalora después con su firma de poseedor; el de más allá, ha desplegado toda su actividad en pos de una casaca con ojos bordados, que al fin consigue; desde la altura de su sitial, no protege más libros que los *de texto* y esto lo hace á costa de cualquier bolsillo que no sea el suyo particular ó el presupuesto de su departamento, pues una familia larga y una cohorte de electores pedigüeños, entorpecen la equitativa circulación del dinero que á su administración corresponde.

Piensa de nuevo en reducir á cenizas su

tesoro; cruzan por su mente la emigración, el suicidio y mil más de esos fantasmas que truecan por blanca púrpura sus negros crespones, cuando quieren seducir á un desgraciado; una palabra de aliento detiene la agonía de su espíritu, y obedeciendo á esta palabra como á conjuro misterioso, piensa en Barcelona.

Allí hay editores; allí fué *Don Quijote* con ánimo de buscar aventuras que dieran mayor fama á su nombre ya glorioso, ¿por qué no acudir á aquella hidalga tierra y romper allí una ó mil lanzas en pro de su cara Dulcinea, menospreciada en Madrid villanamente, encantada y transformada en rústica vulgaridad por libreros follones y editores malandrines? ¡Bien hubiera querido Cervantes luchar y discutir en Madrid acerca de su obra; pero más despierto que el memorable caballero de la *Triste figura*, vió de cerca que no eran sino cueros hinchados los que gozaban fama de gigantes! ¡Por esto no quiso desenvainar su *invicta* tizona!

Escribió, pues, á cuatro de los principales editores de la ciudad condal, y al

cabo de muchos días de impaciencias y desvelos, de duelos y quebrantos, de devorar á solas ó en confusa promiscuidad con cesantes, mendigos, obreros sin trabajo y vagos de plaza, en el fondo de obscuro bodegón, un cocido con más berza que vaca ó el clásico *estofao* con más zanahoria que substancia, logró reunir las cuatro contestaciones, que poco más ó menos decían:

La primera.

"Estimo en mucho su grata y queriendo interesarme por usted, ya que el libro de peseta es la última palabra de la técnica editorial, le propongo lo siguiente:

1.º Que usted me remita el original completo, y yo de él entresacaré lo suficiente para formar un tomo de 250 páginas, poco más ó menos.

Y 2.º Que sea usted modestísimo en sus pretensiones de autor, habida consideración de lo barato que el libro ha de venderse y del descuento que es preciso hacer á los señores libreros."

He aquí lo que le decían en la segunda carta:

"...Aparte otras objeciones que *vis á vis* le haría, el título que me anuncia, *Don Quijote de la Mancha*, no me parece bastante sugestivo; yo titularía la obra *Las medias grises, La camisa transparente*, *La cama redonda*, ó algo así, cuidando, como es del caso, de saturar la narración de incidentes amorosos y escenas íntima de animado color.

Además, por lo que deduzco de la exposición de caracteres, el tipo *Sancho* me parece muy á propósito para encarnar en él un vicio *contra natura* ¿qué tal?...„

Veamos la tercera:

"Siento no poder atender su ofrecimiento; soy muy apasionado de la literatura nacional y muy devoto de los autores españoles; pero sólo cultivo el mercado de América y allí únicamente tienen salida las traducciones...„

Y ahí va la última:

"No tengo inconveniente en adquirir el original que me ofrece; pero no le respondo de si le editaré, ni le puedo precisar fecha.

Mándemelo por correo certificado y

tan pronto como lo reciba le enviaré una carta-orden por valor de cien pesetas, á cargo de mi corresponsal en ésa.

En cuanto al precio, no dude, pues nadie ha de ofrecerle un céntimo más. Por esa misma cantidad, pagada en veinte veces, cualquier muchacho aprovechado me traduce á Zola, á Maupassant, á Sudderman, á Ibsen ó á Mark Twan, y ya ve usted la diferencia que hay entre dar al público una de esas obras ó la que usted me ofrece, y cuán distinto es el éxito editorial de unas y otras producciones...„

Aquí la crisis, la obsesión de la muerte, la agonía del espíritu, el decaimiento, la enervación, todo lo trágico, todo lo molesto, lo pesado y lo triste, vuelve á caer sobre el ánimo del autor, como escombros de un pueblo que se desmorona por la sacudida de un volcán.

Ya no hay horizonte adonde tender la vista, ya no hay esperanza que aliente la vida del desgraciado manuscrito...; pero, sí, queda un recurso: los periódicos publican folletines... y en ellos novelas... intentaremos resolver así el problema.

Y de nuevo comienza el autor á hablar con personas que no le entienden, á ofrecer su obra á mercaderes poco inteligentes, á contemplar sonrisas de conmiseración ó á escuchar frases que pretenden envolver sangrientos chistes frustrados.

Aquí le advierten que preferirían la narración de la vida y aventuras de un marqués pródigo y libertino; allá, que tendría más público la descripción pintoresca de un combate de ejércitos forrados de acero, en el que corriesen arroyos de sangre por el buen nombre de un rey ó por aumentar en algunos kilómetros la extensión territorial de una nación. Más allá consigue que le oigan leer algún capítulo, y el director, medio convencido de que en aquella pluma hay algo *que no es del todo lo corriente*, le aconseja que haga un novelón sobre motivos del crimen de Don Benito ó de las hazañas de Mamed Casanova. Todo, todo, en fin, menos *Don Quijote,* ese loco á quien, como puestos de acuerdo, califican de fantástico, de mal enfocado, de poco real, porque la potencia visual de nuestros

elementos directivos, no es suficiente para traspasar la coraza del hidalgo manchego, desnudar su espíritu y hacer de él un estudio analítico concreto y detenido.

Arrollado de nuevo por los escombros de otra esperanza que se desploma, piensa Cervantes en los periódicos literarios; quizás en ellos, algún genio medio ignorado le ponga en comunicación con quien pueda y quiera parar su atención en la *desgraciada* obra; quizás consiga que le publiquen algunos fragmentos y esto sirva de anuncio para que algún editor despierte.

Dirígese primero á una meliflua revista titulada *Los sábados blancos;* hunde sus pies en la mullida alfombra que tapiza los amplios escalones de mármol, respira con avidez el olor á violetas y azucenas que desde el peristilo de la espléndida morada se advierte; siéntase durante unos minutos en una antesala que cualquiera supondría decorada por los genios del candor y la inocencia; logra ser recibido... por el séptimo ó por el octavo de á bordo, entrega su manuscrito con objeto

de que el director elija y publique algunos trozos, si así lo cree conveniente, y queda en volver por la contestación pasados algunos días.

Vuelve, en efecto, y entonces le recibe el propio director; pero no para manifestarle su entusiasmo y felicitarle por su obra, sino para colocarle una seria filípica sobre moral y buen gusto literario.

—Por diez ó doce sitios—le dice—he comenzado á leer su manuscrito, y no hay horror que no haya saltado á mi vista; ¿usted cree que en *Los sábados blancos* se pueden referir las aventuras de un *mozo de mulas*, aun cuando éstas sean todo lo castas y todo lo interesantes que usted quiera? Mil veces se repiten las palabras *puta*, *hideputa:* ¿puedo yo transcribir esto? ¡Y en dónde dejamos los impúdicos amores de Altisidora! ¿Y aquella crudísima escena en donde le levantan las faldas á Doña Rodríguez? Todo esto es pornográfico, muy pornográfico, y mi revista sólo la leen personas cultas, honestas y bien educadas, señor mío...

Baja Cervantes, dolorido, la escalera

alfombrada, y decidido á todo, pocos minutos después apoya el pulgar de su diestra sobre el timbre de la redacción de otra revista de más amplios horizontes, al parecer, cuyo título es *El espíritu de un pueblo cursi* (1).

Recíbenle con exageradas cortesías; contempla admirado un grupo de jóvenes con corbatas á la Rostand, con los rostros afeitados y las cabezas medio cubiertas por pequeños sombreros que dejan vislumbrar unas melenas pudorosas, que significan el deseo de ser más grandes y el propósito de realizar este deseo, que se frustró porque la pluma contrahecha de Unamuno y otros rutinarios del intelectualismo, sentaron ex cátedra que el hombre es algo así como un producto de fabricación mecánica y cuando no se ajusta á la turquesa que la humanidad le ha preparado, es preciso dejarlo de cuenta del fabricante, devolverlo á su proceden-

---

(1) *El espíritu* se volatilizó, ¡naturalmente!— *(Nota del corrector.)*

cia, declararlo inútil ó, cuando más, aceptarlo con menosprecio.

Uno de los pequeños filósofos se adelanta y hace entrar á Cervantes en un gabinete, sobre cuyas paredes blancas resaltan unas danzas fantásticas de gnomos, sicambros, nenúfares y núbiles liliales, pintados con caprichosas combinaciones de colores negros, encarnados, azules y rojos.

—¡Muy bien!—exclama el joven, acariciando su pequeña melena.—¿Con que va usted á publicar un libro?

—De ello trato; pero desconfío..

—¿Y en quién ha pensado usted para que le ponga el *atrio?*

Aquí Cervantes abre mucho los ojos, dispone sus oídos lo mejor que puede y hace un gran esfuerzo intelectual, pero no logra entender al joven; cambia de conversación, ruborizado de su incultura, y su interlocutor, insistiendo en sus consejos, vuelve á decirle:

—Al *atrio* debe seguir el *ofertorio*...

(El gran maestro de la humanidad abre la boca y el pequeño filósofo continúa):

—Y después, antes de comenzar, puede usted poner una *sinfonía*, brillante y melódica, que dé la sensación del ruido de los combates á que acuda su protagonista, presentándole allí febriciente, describiendo el alma de su acero y entonando la canción de sí mismo, por ejemplo, y ya en el *epilogal* puede usted invocar la figura de Dulcinea, con sus carnes de lirio, sus ojos glaucos, sus muslos pentélicos y sus espasmos rientes, que bien á la luz morada del Sol agoniaco ó al beso plateado de la Luna, tersa y pálida como nacárea nave, cuya comunión recibe el Universo, cuando sobre las montañas grises yergue la hostia de luz de su cara, cuente las horas azules de su dicha ó alze un treno doliente á la memoria de su fiel caballero...

—He tenido sumo gusto, joven...

—Yo también pienso publicar en breve unas *prosas*...

—¡Prosas! Adiós, joven, cuídese usted, lea mi *Don Quijote*, que también á usted le han hecho daño las caballerías andantes.

Al salir á la calle, miró Cervantes la fachada de la casa, como preguntándose si en vez de á la redacción de una Revista, le habían dirigido á un Manicomio y había caído en las garras de uno de los pequeños orates del establecimiento...

Después fué á dar con sus huesos en el domicilio de un periódico *festivo*, así denominado según el subepígrafe, porque aparecía los días de fiesta.

Expuso su pretensión ante una comunidad de hombres, serios al parecer, cuyos ocios estaban consumidos en estropear una colección de tarjetas postales, entre las que había algunas que eran un verdadero prodigio de las artes gráficas.

Por cierto que, tan pronto como le vieron entrar, le asaltaron obligándole á que en una estampara su firma, y como entonces no había llegado hasta él la famosa crítica que llama detestables, en términos corteses, á sus versos, invocó á las musas y escribió:

El octavo pecado capital
es... poner á la firma una postal.

Creyóse después autorizado á exponer su pretensión y acreedor á que aquellos ingenios la tomaran en serio; pero ¡ay! no fué así. Uno, con todo el pelo blanco, por cierto, le aconsejó que en vez de titular la obra *Don Quijote de la Mancha*, la titulara *La Mancha de Don Quijote*, y esta fué la señal para que todos á porfía dispararan sobre él un insoportable tiroteo de retruécanos y chistes frustrados; otro de ellos, no sabiendo cómo distinguirse, lanzó un grito agudo, y cuando todos preguntaron que el qué era aquello, dijo, repitiendo una redondilla de un gran maestro en estas porquerías:

> Es mi voz, que en ocasiones
> parece el pito de un tren,
> y está velada, aunque estén
> cerradas las *velaciones*.

Otro afirmaba que un sacerdote se parece á un chulo en que reparte hostias, y un autor cómico á un obrero mecánico en que hace piezas, y así llegaron á armar tal alboroto, que el *pobre* Cervantes salió de la Redacción haciéndose cruces; pero en la puerta se compadeció de aquellos

laboriosos ingenios y para que se dieran cuenta de que salía y cesaran, por tanto, de esprimirse el magín para hacerle gracia, dijo á todo pulmón:

—Señores, buenas noches.

—Que usted lo pase bien—contestaron á coro...

—Igualmente.

Al oir esta cortés réplica, soltaron la carcajada todos á una, queriéndole azarar y explicando que era el libro lo que deseaban que *pasara bien*, ¡como si fuera un duro falso!

Bajó corriendo la escalera y durante todo el trayecto volvió muchas veces la vista atrás, porque creía no haber salido aún de entre aquel enjambre de zánganos.

Curado ya de espanto, *asaltó* después la redacción de *Matusalem y Compañía*, curiosa publicación que luchaba por sostener el culto á lo viejo y la pureza del gusto literario, frente á *modernistas y retruecanistas*.

Un vejete simpático y afable, de los que ni gastan bisoñé, ni se tiñen el bigote, le hizo los honores de la casa, tan

bien, por cierto, que le obligó á ponerse el sombrero, á tomar asiento, á fumar un pitillo de á treinta y le estuvo dando golpecitos en las rodillas y en el hombro durante tres cuartos de hora que duró la conversación. Mas ¡qué digo conversación! ¡El monólogo, quiero hablar con propiedad! Vea el bondadoso lector, si alguno me ha hecho la gracia de seguir hasta aquí:

—Muy bien, camarada, muy bien... hoy no se escribe, créalo usted, no se escribe, no se hace más que emborronar cuartillas y cobrar cantidades exorbitantes.

—Yo pretendía de ustedes...

—Vaya usted al Teatro, hombre, vaya usted al Teatro, ¿y que dan allí? Nada, tonterías... Si usted hubiera vivido aquellos años en que nos cantaban

Macacafú, macacafú
san fú.

aquello era el delirio, el delirio, hombre, el delirio.

—Pues bien, volviendo á lo mío...

—Y los periódicos. ¿Qué me cuenta us-

ted de los periódicos? Aquellos párrafos redondos y sonoros que hacíamos en los artículos de fondo! Aquellas redondillas, que á lo mejor provocaban una crisis:

¡El Gobierno está en un brete,
la situación es muy mala,
y todo porque Lasala
no cabe en el Gabinete!

¿Cuándo van á hacer ustedes los jóvenes algo que pueda codearse con esto?...

—Yo no tengo pretensiones, pero...

—Hasta en la misma oratoria. Imposible es que vuelva nadie á improvisar un párrafo como aquel de "Grande es el Dios del Sinaí, el trueno le precede...„

Y convencido de que el siglo de oro de la literatura castellana en todas sus manifestaciones, se limitaba á los años transcurridos desde mil ochocientos cuarenta, próximamente, en que su interlocutor había nacido, hasta el noventa y tres, poco más ó menos, en que la juventud comenzó á gozar de algún prestigio, salió huyendo de tener que asistir á la proclamación de algún vulgar Martínez ó Pérez, como Fénix de los ingenios.

III

Dió Cervantes por terminada la etapa memorable de sus aventuras; desde que visitó la última redacción, le producía vergüenza confesar que había dedicado á la humanidad las soledades de su cautiverio, poniendo la pluma en comunicación con su cerebro y derramando por ella luz que desentrañara caminos nuevos para el pensar colectivo.

Con frecuencia deteníase á reflexionar acerca de su labor, á examinar al detalle sus intentos y de entre los repliegues del pasado parecía salir siempre el corcobado Bachiller del *Buscapié*, caballero en su averiado cuartago, que balanceándose sobre las dos tajadas de melón que por piernas tenía, parecía escupir sobre su faz una odiosa carcajada.

Sí, no hay duda, era el Bachiller mal-

dito, el que le sonreía desde detrás del mostrador en las tiendas de libros, el que le aconsejaba que tomase á *Turibiu* como protagonista de sus obras, el que llamaba soez á su lenguaje, el que le hablaba en un castellano ininteligible, el que le contaba maravillosas vulgaridades...

Otras veces, le parecía que un encantador maligno, de los que como horda de gusanos bullían en el cerebro enfermo de *Don Quijote*, había tomado á su cargo la tarea de volver locos á todos sus interlocutores; de transformar en analfabetos á los sabios, de trocar á los hombres en molinos de viento, que movían sus aspas batiendo el aire... pero no pesaban...

Llegó á creer encarnado en sí mismo el protagonista de su obra; se veía embrazando la adarga y enristrando la lanza para curar á la humanidad de vicios endémicos; acometía sin descanso peligrosas aventuras y de todas salía maltrecho y acosado, juguete de arrieros, venteros, yangüeses y lacayos. Si rendido á la fatiga invocaba desde el borde de un camino al descanso reparador, volvía en sí al

punto sobresaltado, sintiendo algo rudo y contundente, como si sobre él pasara, como sobre su protagonista, alguna otra manada de puercos; pero él, más desgraciado aún, no encontraba un Sancho á quien regañar en momentos de enojo, ni con quien compartir alegrías en momentos de ventura... y para colmo de su mal, era un *Don Quijote* cuerdo, con idéntica acometividad, con igual corazón que el Don Quijote loco, pero viéndose de continuo en la agonía reveladora de que *ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño...*

Devoró muchos días las amarguras de la indigencia, rodó solo por calles, plazas, carreteras y bosques, buscando con quien luchar ó con quien departir; esperó al día, jamás portador de una esperanza nueva, en los quicios de las puertas reclinado sobre su legajo de cuartillas; respiró el sudor y el vaho de la plebe en el fondo de inmundos bodegones; trazó el hambre en la retina de su cerebro lúgubres cuadros, y por último... una de estas pesadillas crueles repitió en sus oídos el famoso

discurso sobre las armas y las letras que llenó de admiración al Cautivo, á Don Fernando, al Oidor y á cuantos en aquella memorable noche cenaron en la venta con el Ingenioso Hidalgo.

Desde lo alto de aquella maravilla, contemplaba al estudiante y al soldado, andrajosos ambos, ambos fatigosos y mal alimentados, disputarse un miserable mendrugo, mientras el sabio, agazapado como perro marrullero detrás de un ribazo, esperaba ansioso un momento en el que enfrascados en la pelea ó enardecidos por la efusión de sangre, dejaran libre el mendrugo, para caer sobre él con la insaciable avidez del hambre añeja. La gloria, la patria, la victoria, el honor, parecíanle insubstanciales bagatelas; sólo veía un combate y un combate sangriento, que tenía por objeto la posesión de un mendrugo; no le era menos repulsivo el soldado que el estudiante; sin embargo, como si tratara con el pensamiento de ahogar su derrota recientísima, que implicaba la de las letras, púsose de parte del soldado y, como si con ello su imagi-

nación recibiera un potente rayo de luz, proclamó las armas superiores á las letras, sobre todo desde el punto de vista práctico, y resolvió consagrar á las armas, con ferviente anhelo, el resto de su vida:

Se propuso hacer del sable instrumento y medio para satisfacer todas sus necesidades...

....

Aprendió á mirar con disimulo á través de las vidrieras de los cafés concurridos, á entrar preguntando por alguien que no estuviera presente, á coger al vuelo la invitación á sentarse, á corear con interjecciones y adjetivos las fantásticas aventuras de algún Amadis ó algún Don Belianis con capa flamante y cadena de oro en el reloj, á entretener los ocios de la tertulia con chistosas narraciones en los días de murria ó neurastenia, á tomar cual cumple á un caballero de buen apetito, el suculento café con media; aprendió también á felicitar cumpleaños, bodas y bautizos con oportunidad; á votar con el Gobierno y á otras mil cosas, que por las noches á solas con su tierno corazón, su

vigorosa conciencia y su ánimo esforzado, lamentaba, sin que fueran parte á impedirlo la estrechez de su aposento, lo raído de sus calzones, lo agujereado de su camisa, lo averiado de sus zapatos, la fatídica silueta del problemático mañana...

Fué barrendero de levita, guardia sin uniforme, agente de seguros, comisionista de préstamos, celestina, acreedor postizo para los concursos de quita y espera, testigo de conveniencia, individuo de la *claque* de teatros y mitins, reventador... y todo cuanto la fecunda imaginación de nuestros Don Pablos ha ideado para librarse de las acometidas del hambre y apartarse de la ruinosa competencia que en el mercado intelectual suele despojar al trabajo de todo su valor en cambio.

Cobijado bajo el pabellón de la holganza, siempre se vió en medio de la estrechez; pero á distancia de la miseria que confiando en la virtualidad de su obra había soportado valientemente.

Pero, ¡ay!, que la filantropía es un cimiento muy arenizo y sobre él no es posible levantar obras perdurables. La muer-

te, caprichosa como la fama que á veces busca sus favoritos en el fondo de la mina ó entre las rocas de la sierra, caprichosa como el amor, que en ocasiones diviniza con su aureola la carne contundida en el lupanar ó rechazada en el mercado, tuvo un día la genialidad de posesionarse del camaranchón obscuro y estrecho como un ataud, en donde nuestro héroe, tendido sobre miserable camastro, conquistaba de vez en cuando el sueño reparador que sus cuitas y pesares le arrebataban traidoramente.

El hambre alfombró el camino que la muerte había de recorrer; perdiéronse sus pasos en el silencio y nadie pudo acudir á evitar el que su obra nefasta se consumara.

La agonía fué horrible: unas veces el destino le aguijaba para que trepara por la cucaña de la inmortalidad llena de garfios y cuchillas, entre las que iba dejando jirones ensangrentados de su carne; junto á su cucaña había otras fáciles de escalar, que el destino reservaba para genios más afortunados.

Otras veces se veía enterrando su manuscrito en el centro de una extensa pradera; sentábase á llorar su desgracia sobre una piedra calcinada por el sol, y veía de pronto cubrirse la pradera de flores espléndidas y sabrosos frutos; la horda humana llegaba, rehenchía sus sacos, colmaba sus cestos y se alejaba sin dirigir una mirada de gratitud al que, decaído y enervado, no podía tender su mano para coger una pequeña parte de lo que le pertenecía del todo y podía retener unidas y compactas las piedras del edificio que poco á poco se iba disgregando...

Una campanada sonora, vibrante como toque de corneta denunciador de obligaciones, llegó al aposento y estrellándose contra la frente del moribundo, dió al traste con la perezosa máquina que tan despacio se venía moviendo.

Murió, y cuando la justicia, más diligente para levantar muertos que para cuidar de los vivos, llegó por la mañana con el objeto de librar de la tortura del cadáver al camastro confidente de tantos dolores, el diligente escribano, dando de lado á un

montón de puntas de cigarros, terrones de azúcar y otras provisiones de urraca, recogió de una silla que hacía las veces de percha y mesa de noche el manuscrito de *Don Quijote* y... *lo unió á los autos.*

Después, salió tarareando un *couplet* de moda, sin parar su atención en estas palabras que el muerto, antes de serlo, había grabado en las paredes del zaqui-zamí:

Escribir un libro bueno, es muy difícil; hacerlo llegar hasta el público, es más difícil todavía.

Quien hace un libro, casi siempre construye un instrumento para su propia tortura.

Si yo volviera á nacer y pudiera elegir entre ser analfabeto ó ser literato, sin dudar elegiría lo primero.

Nuestros libros de caballería

Nuestros libros de caballería

CAPÍTULO PRIMERO

De la condición y ejercicio de un famoso hidalgo de nuestros días, legítimo descendiente de Don Quijote de la Mancha.

En un lugar de Castilla, de cuyo nombre, por mi mal, me acuerdo con demasiada frecuencia, vivía un honrado labrador de los que consagran más tiempo á la Prensa que á los aperos de labranza y viven más en el tresillo que en el campo.

Conforme con su mediano pasar, no tenía que acusarse del pecado imperdonable de dar dinero sobre la garantía del trigo verde, ó la aceituna sin coger, ni aun de haber medido una sola vez la duración efectiva de la jornada de sus peones.

Tenía este buen labrador un hijo, á quien, no obstante su poco amor al estudio, hicieron bachiller en el Instituto de la capital vecina, merced que si bien no pagó el hijo aportando el concurso de su distraída inteligencia, pagó el padre con repletos cestos de uvas, dorados capones y olorosas cajas de prensados habanos, amén de algún barrilito de vino añejo, brillante y aromoso, del que en las casas ricas de Castilla se guarda para festejar la boda del hijo predilecto ó la adquisición de algún honroso cargo de elección popular.

El primogénito de este famoso hidalgo—pues famoso era y por esta razón, que á mi juicio lo es, no cito su nombre—érase de un carácter sumamente retraído; jamás se divertía como sus condiscípulos en organizar bailes, giras ni partidas de caza, miraba con recelo á las mujeres y compartía sus ocios entre librotes que de la capital traía, cuartillas que á solas emborronaba, y paseos filosóficos en los que, siempre solo, escalaba la cima de las montañas más agrestes ó ba-

jaba al fondo de los barrancos más intrincados.

Instituído bachiller, otra ciudad más grande y más distante de su hogar melancólico, le recibió en su regazo para poner en sus labios el pezón ubérrimo de la Ciencia oficial, de que por paterna disposición había de nutrirse.

Comenzó sin fruto varias carreras, y si su buen padre hubiera seguido sus pasos, con dolor habría observado, que dedicaba á los círculos políticos el tiempo que robaba á las aulas, y á Kropotkin y á Reclus, las atenciones que, según la matrícula oficial, les debía á Piernas, á Sánchez Román ó á Santamaría de Paredes,

Como no era vicioso, todo el dinero que los demás dedicamos á tabaco, aguardiente, café ó toros, lo dedicaba él á la compra de volúmenes en que se tratara de la "cuestión social„, de las aspiraciones del proletariado, de la transformación del criterio de las ideas abstractas, de lo que él llamaba la *ciencia nueva*, en una palabra.

Cuando regresaba á su casa iba siem-

pre cargado de libros, lo cual no era muy grato para su familia, que presentía en ellos un verdadero peligro, y mientras su permanencia junto á la Universidad, más de una vez hubo de empeñar el reloj para comprar la última obra de uno de sus autores preferidos.

Terminó la carrera de Derecho, porque en España para terminar una carrera, sólo se necesita tener un poco de voluntad, aun cuando se carezca de inteligencia y se carezca mucho más aún de amor al trabajo, y regresó á su pueblo dispuesto á seguir desde allí la orientación que su buen padre le trazara, bien fuera ésta la de ejercer la profesión para que acababa de ser habilitado, bien ponerse al frente de la hacienda, pues de todo ello se había tratado muchas veces en las sobremesas de la familia.

CAPITULO II

De la primera salida que de su tierra hizo el Ingenioso Hidalgo.

Dos años eran transcurridos desde que nuestro buen hidalgo investido fué con la toga augusta que autoriza para mixtificar las leyes naturales en oposición ó defensa de las leyes escritas, según los casos; pero él no tenía que acusarse de haber contribuído á la odiosa tarea de ayudar á un ladrón contra otro, ni á la de asesorar al verdugo, como en sus eternos monólogos decía; se abstuvo de intervenir hasta en los juicios de faltas y demás nimiedades del peregrino Derecho *municipal*, en que sus parientes se vieron enredados algunas veces. Encerrado en sus lecturas y en sus paseos, lo demás era para él accesorio.

Al fin, un día, estudiando su rara situación, comprendió que había una sombra de egoísmo más bien densa y pesada que

vagorosa y ligera, en su conducta, pues se ocupaba únicamente de robustecer su inteligencia con los conocimientos de la Ciencia social que encontraba en sus libros, y no bajaba de aquel trono de superioridad, que poco á poco se había ido construyendo, á compartir en el arroyo sus conocimientos con quien de ellos necesitara, encontrándose así en el mismo caso que aquellos á quienes él y Rousseau, y Proudhon, y Owen, y Flórez Estrada, y Fourier, y Saint-Simon, hacían el gravísimo cargo de haber perturbado la marcha evolutiva de la Sociedad, apropiándose porciones de terreno que cercaban con una valla ó con un surco y hacían después que la ley civil reconociera como suyas.

Nuestro hidalgo había fortificado sus conocimientos con la muralla de la soledad, los había declarado exclusivamente suyos, los poseía él solo y con tal rudeza, por cierto, que sus frutos eran completamente inasequibles para aquellos analfabetos del orden intelectual, entre los que se contaba su propio padre, á quienes no permitía ni aún asomar por encima de las

tapias sus cabezas deformadas por esa tosquedad, pátina del hambre del espíritu, que con ideas y conocimientos se alimenta.

Cedió al fin á las acusaciones de su conciencia, y en vez de pasear por el campo, buscó en las plazas, como los filósofos griegos, á los trabajadores rústicos y comenzó á explicarles sus doctrinas, que escuchaban con sonrisa estúpida, soltando la carcajada cuando decía, por ejemplo, que la propiedad carecía de fundamento social y tanto derecho tenían ellos á las fincas de D. Fulano ó D. Mengano como su actual poseedor, que la Patria, la autoridad y hasta la familia son preocupaciones vulgares de hombres inferiores, etcétera, etc.

A los ocho días de abrir su cátedra se quedó sin público, y tratando de buscar una razón que le explicara el por qué los hambrientos huían de su mesa, pensó, él que no creía en la autoridad, en que carecía de *autoridad* para imponer aquellas teorías tan extrañas y nuevas entre aquella gente sencilla, cuya personalidad mo-

ral estaba vaciada en un molde de tradiciones, rutinas y costumbres. "*Nadie*, se dijo, *es profeta en su Patria,* he aquí un refrán sapientísimo que me da la explicación de este fenómeno. La filosofía popular es profunda y ante todo, precisa...„

De esto hubiera yo discutido, de buena gana, con mi protagonista, asegurándole que eso de la profundidad depende del punto de vista que para mirarla se elija, y en cuanto á la precisión, eso sí, es muy precisa y sabe acertar en todos los casos; por ejemplo, en el de nuestro *héroe*, le advierte á él que *nadie es profeta en su Patria*, y á mí me dice que... *cada gallo en su gallinero...*

Inducido por el refrán, traspuso los límites de un pueblo vecino, y ganoso de distribuir las *fincas* que se había apropiado, de obedecer á las teorías de la solidaridad humana repartiendo con todos lo que hasta entonces para sí solo había tenido, convocó un gran mitin y trocado en tribuna el escenario de un teatro, dirigió su voz á una sencilla concurrencia, que subyugada por sus párrafos elocuentes y por

el brillo de fuego que á sus teorías daba su entusiasmo, le vitoreó y aplaudió frenéticamente.

En aquel pueblo, á donde nuestro hidalgo hizo su primera salida, habíanse ensayado algunas conclusiones del socialismo conservador ó posibilista; en virtud de ellas, funcionaban sociedades de resistencia en las que cada individuo depositaba una cuota fija, con la cual se sufragaban los gastos colectivos y se suplían los jornales en los casos de huelga ó resistencia contra las pretensiones de algún patrono. La llegada y la plática del ingenioso hidalgo, cambiaron por completo la manera de pensar de aquella gente; conforme á los nuevos principios, distribuyeron entre todos el capital acumulado, fiando á la solidaridad la conquista de los medios de resistencia, con lo cual la previsión y el ahorro en que encarnaban los medios de conquistar positivas ventajas, se convirtieron en vino y algazara, y al perro que había de guardar contra los ladrones su menguado peculio, le limaron los dientes.

Cierto que el arsenal de la previsión es ilimitado y el de la solidaridad inagotable; no menos cierto, que así evitaban irregularidades, malversaciones y desfalcos, de cuyas transgresiones del orden social se habían repetido casos; pero por de pronto, quedaron en la situación de los niños enfermos á quienes los médicos humoristas mandan rascarse con el codo los ojos afectados de comezón ó recetan en Diciembre flores de Mayo contra los sabañones.

El hombre actual carece de órganos que desempeñen las funciones de la solidaridad; conforme á la ya vulgar teoría de Spencer, la función creará el órgano y éste llegará á ser perfecto y á cumplir bien su cometido; para el espíritu como para la materia rige la ley de la atrofia y la hipertrofia; pero como los órganos del espíritu no son paralelos, la hipertrofia se produce atrofiando por virtualidad propia todo lo que á su desarrollo estorba; ocurre así, que del sentido de la solidaridad sólo poseemos un germen insignificante, cuya función es el altruísmo, y

esta función, como correspondiente hoy á un órgano embrionario, se ejercita viciosamente, pues impregna en vanidad los actos de filantropía ó se presenta entre las tocas y cendales de la *caridad*, cuyos deplorables efectos tienen la particularidad de manifestarse á la vez en sentido subjetivo, y en sentido objetivo, pues quien la hace por este hecho, considera inferior á quien la recibe y quien la recibe hace de ello una profesión confiando á los demás la realización de lo que á sí mismo incumbe. De este órgano embrionario, cuya función el altruísmo, ha de nacer el gran sentido de la solidaridad; esta *hipertrofia* ha de atrofiar por completo los órganos viciosos que hoy desempeñan las funciones del egoísmo y hasta que éstas no sean dadas de baja en el cuadro de las fuerzas vivas del espíritu humano, la solidaridad no podrá cumplir los deberes que antes de tener órganos para cumplirlos se trata de imponerle.

Alucinado por los aplausos, embriagado por las atenciones de que le hicieron objeto, detúvose nuestro hidalgo algunos

días en el pueblo en donde hizo su primera predicación y después de haber desmenuzado su doctrina y de haber imbuído bien en ella á sus adeptos, empujado por los deberes, que como inquebrantables se había impuesto, decidió abandonar en definitiva su hogar, emanciparse de comodidades y acudir en socorro del desvalido, en ayuda del menesteroso, consagrar en definitiva su vida á desfacer desaguisados y enderezar entuertos.

CAPÍTULO III

Del donoso y grande escrutinio que el padre y otras personas de la localidad hicieron en la librería de nuestro Ingenioso Hidalgo.

La casa abandonada por el sabio aventurero convirtióse de pronto en un mar de lágrimas; el padre, conociendo, como á fondo conocía, el carácter y las convicciones de su hijo, ni un momento siquiera pensó en salirle al encuentro y oponer vigorosas razones á su *bohemia político-social;* volverá desengañado, se dijo filosóficamente, y aguardó á que las ingratitudes de la masa trajeran á sus brazos al hijo querido, que esclavo de su imaginación, se embarcaba, con riesgo de su estómago, en los inseguros bajeles de la utopía, para ir á la conquista de tesoros, no formados aun ó al descubrimiento de

filones cuyos átomos flotaban todavía en el agua ó en el aire.

Como en los pueblos pequeños ocurre siempre durante los días de grandes catástrofes familiares, llenóse la casa de personas atentas que con los rostros compungidos aconsejaban calma ó ayudaban á formar planes para restituir al redil la oveja descarriada; no faltó el anciano sacerdote que encomendaba á los designios de Dios al fugitivo, ni el joven Notario de principios volterianos, que reconocía en principio la utilidad y la lógica de la campaña del ingenioso hidalgo; pero no llegaba á justificarle, porque sobre todos los Tolstoi, los Reclus, los Kropotkin y los Salvochea, estaba, á su juicio, el gran Cervantes, maestro de los siglos, que respetando toda elucubración especulativa, afirmó basado en una observación incontrovertible, segurísima, que "hacer bien á villanos es echar agua en el mar„.

Abrióse á continuación el proceso inquisitivo de las causas que pudieron haber producido la determinación del joven

letrado, y como la ciencia oficial no ha vallado aún los terrenos de la Sociología, declaráronse todos doctores en ella y á porfía presentaron cuadros sintomatológicos, procesos terapéuticos, sistemas quirúrgicos, diagnósticos y pronósticos tan abigarrados y tan fuera del caso, que á contar con sujeto paciente, habrían bastado para provocar en él un estado patológico vivificador de los microbios cuyos esporangios habían colonizado el cerebro del infortunado soñador.

Impúsose el Notario, asegurando que gracias á su vigor intelectual, había podido él emanciparse de los efectos que lecturas perniciosas, por cierto muy en boga, estaban produciendo en la juventud una especie de tuberculosis del espíritu, que entregaba á la muerte innumerables actividades que sucumbían sonrientes por efecto de ese falso espejismo que hace creer á los tísicos que con su materia destruída, con las hojas agostadas, cuyo macabro crujir al arrastrarse sobre la tierra seca hiela la sangre y con los últimos destellos del sol que maduró las mieses y

dió color á los racimos, muere la naturaleza entera.

—¡Cierto! ¡Ciertísimo!—exclamó el padre de nuestro hidalgo con el mismo aire que el sabio de Siracusa.—¡La biblioteca de mi hijo! ¡He aquí la causa de su locura! Y á continuación, dirigiéronse todos á una pieza cuyas paredes estaban casi cubiertas por sencillos estantes de pino, repletos de libros en rústica, sobre los que cayeron ávidamente las manos del Notario, autorizado con entusiasmo para que hiciera la oportuna selección.

¡El dolor universal! ¡Soberbio hallazgo! El editor de este libro debiera haberlo presentado recubierto de tela negra con estampaciones doradas de tibias, calaveras, radios y húmeros; su autor, sin introducir ninguna novedad en el procedimiento, ha ido recogiendo por todas partes la nota trágica, sin más objeto que el de avivar los dolores de la humanidad, sin indicarle los medios de curarse. Sebastián Faure, su autor, abusa horriblemente de las citas, no sabe darle á su opinión un valor substantivo, es, en resu-

men, uno de esos apreciables señores que se pasan la vida pensando con cerebro ajeno. Ni la vida social, ni la vida política, ni la vida individual, ni la vida colectiva son como Faure las pinta; hay momentos de placer y momentos de dolor; Jorge Manrique y Epicuro pasean todos los días cogidos del brazo, y de las funestas consecuencias que pueda produducir una ley malsana, es tan culpable quien la promulga como quien la obedece.

El patíbulo es la visión más terrible que la realidad presenta y se levanta sobre cuatro columnas: una, el magistrado, decreta en nombre de Dios, la ley y el rey; las otras tres: verdugo que ejecuta, ejército que guarda y sacerdote que en nombre de la religión aprueba, las levanta el pueblo; por esto el pueblo no tiene derecho á llorar delante del patíbulo.

Hay en este libro afirmaciones tan peregrinas como la de que "el hoy del individuo está hecho con todos los ayeres y contiene el estado potencial de todos sus mañanas„. Frecuente es el caso de sacrificar la verdad y la lógica á la sonoridad

de una frase, pero este prurito jamás ha producido exageraciones como la de Faure, quien presenta al hombre como producto de una especie de fermentación del espíritu que da origen á graduales transformaciones, en medio de las cuales puede siempre determinarse taxativamente cómo será en determinado período, ¿hay nada más absurdo? ¿Quién no ha cambiado de modo de ser y de pensar en presencia de una circunstancia de momento? ¿Puede ser lógico un libro edificado sobre tan absurda teoría?

Sienta asimismo el autor de *El dolor universal*, que "todo progreso aumenta la miseria del pueblo„, y esto podrá ser verdad desde algún punto de vista; pero el mal no dejará de ser circunstancial y momentáneo, tanto que esta afirmación, establecida como principio general, resulta una verdadera blasfemia.

Lejos de ser efecto este mal circunstancial, de las causas que Faure indica—la mediación del comercio, el exceso de producción, etc.—lo es, de que el pueblo no sabe capacitarse para cobrar el verdade-

ro precio del factor trabajo, esencialísimo á la producción, que en el pueblo únicamente reside, y éste no ha comprendido aún que el trabajo no debe valuarse como *cantidad*, sino como *cooperación*.

Faure es maestro en lo de lanzar acusaciones; pero de su voluminoso libro no se puede entresacar una razón ni un plan de lucha económica. ¡Cuánto mejor procede el admirable Balzac, cuando en una obra puramente literaria, sin enfadosas pretensiones de revelar ni descubrir los arcanos de la Sociología, ni de la Economía social, aborda con los siguientes párrafos la más importantes de todas las cuestiones que interrumpen y quebrantan el equilibrio entre la producción, la circulación, la distribución y el consumo!

"Sin hablar de las manufacturas de Reims, casi todas las gorras de Francia, comercio considerable, se fabrican en los alrededores de Groges. El campo en un radio de diez leguas, está lleno de obreros, cuyos oficios se perciben por las puertas abiertas, cuando se pasa por los pueblos. Estos obreros son pequeños factores que

proveen á un especulador llamado fabricante.

„Este fabricante trata con las casas de París ó muchas veces con sencillos gorreros, que venden al por menor, y unos y otros acostumbran á ostentar una muestra en sus tiendas, en donde se leen estas palabras: *Fábrica de gorras, medias y calcetines de algodón,* ni unos, ni otros hacen una media, ni una gorra, ni un calcetín. Estos productos vienen Champagne en su mayor parte, aunque también existen en París obreros que rivalizan con los champañeses.

„Este intermediario entre el productor y el consumidor, no es una llaga particular de esta industria; existe en la mayor parte de los comercios y encarece la mercancía en el importe de los beneficios exigidos por el mediador. Hacer desaparecer estos costosos factores, que dañan la venta de los productos, sería una empresa grandiosa que, por sus resultados alcanzaría la importancia de una obra política. En efecto, la industria entera ganaría con ello, estableciendo en el interior ese buen

mercado tan necesario al exterior para sostener victoriosamente la guerra industrial con el extranjero, batalla tan mortífera como la de las armas.

„Pero la destrucción de un abuso de este género, no reportaría á los filántropos modernos la gloria y las ventajas de una polémica sostenida por las futilezas de la negrofilia ó del sistema parlamentario. Así es, que el comercio interpolado con estos *banqueros de mercancías*, continuará pesando durante largo tiempo sobre la producción y sobre el consumo. En Francia, en este país tan espiritual, parece que simplificar sea destruir. La revolución de 1789, causa aún miedo.„

.....

"Los escritores, los administradores, la Iglesia desde lo alto de sus púlpitos, la prensa desde sus columnas, todos aquellos á quienes la casualidad da el poder de influir sobre las masas, deben decirlo y repetirlo. Atesorar es un crimen social. La economía inteligente de la provincia detiene la vida del cuerpo industrial y daña la salud de la nación.„

¡Cuánto celebro, prosiguió el Notario, haber encontrado aquí la firma de Balzac, el que mejor ha sabido leer en el gran libro de la vida, el que ha hecho cristalizar en oro y brillantes sus perspicaces observaciones! Salvemos del fuego cuanto aquí haya escrito por el incomparable maestro; pero mientras tanto, diré alguna otra razón acerca del libro de Faure, primero de los que gustoso he de entregar á las llamas; en él no aprenderá nuestro pueblo cómo ha de luchar en la guerra económica que este autor tantas veces nombra. El progreso, repite, siembra en el pueblo la miseria; admitamos que en muchos casos sea verdad esto: hoy el progreso de la industria azucarera ha establecido en España cientos de fábricas y á la vez ha elevado el precio de este producto de primera necesidad; así, mientras en Francia el kilogramo de azúcar de pilón vale 0,60, en España vale 1,50, poco más ó menos; pero esto, que en este orden de ideas es una causa más ó menos remota de la miseria, no es efecto del progreso, sino de la acaparación de los productos que el pue-

blo puede evitar, asociando, por ejemplo, á los consumidores para reñir la batalla contra el intermediario, contra el *banquero de mercancías* que Balzac delataba.

En las censuras al orden político, está Faure algo más acertado; pero sigue caminando por los yermos de la utopía al haber perdido de vista, voluntariamente sin duda, que la *representación* está aceptada sólo como un mal menor y el funcionamiento de los poderes políticos puede ser perfecto ó poco menos, si el pueblo hace buen uso de sus derechos, de esos derechos en persecución de los cuales abandonó sus otros derechos, los que le asegurarán, cuando los conquiste, la completa normalidad económica y el disfrute del producto de su trabajo, que en el mercado de la vida tendrá su valor como elemento esencial de la producción.

Tampoco es justo cuando arroja contra el derecho concreto las monstruosidades que en la práctica produce su aplicación; la ley es hija putativa de la lógica; la ley sansitiva, preescrita con relación al delito, es el mayor de los absurdos que la

humanidad ha consagrado, pues para legitimarla se pretende que la inteligencia prevea lo que la imaginación concibe. Si el delito es primero y la sanción después, la lógica aconseja que la ley sea posterior al juicio y es infundado todo ataque que se dirija contra lo que no sea esta constitución y este fundamento. Pretender que el Derecho, formulado en concreto sobre la base de principios falsos no produzca en la práctica monstruosidades y errores, es tan insensato como buscar agua en el fuego ó flores en el vacío.

En resumen, el libro de Faure es una pesada declamación de mitin que ha circulado por Francia y España agriando la trabajosa digestión de los principios del republicanismo transitorio ó del socialismo naciente en que el cerebro del pueblo se halla hoy ocupado.

No hablo del anarquismo, porque el anarquismo no es, como muchos creen y muchos otros explotan, un sistema de gobierno; es precisamente todo lo contrario; su fórmula es: *administración de cosas sin gobierno de personas*, y su base, la

teoría de que el hombre es bueno por naturaleza y educado en condiciones especiales puede vivir la vida colectiva sin los vínculos que hoy le sujetan y le compelen á hacer sus derechos compatibles con los de su semejantes. El anarquismo es un ideal filosófico, colocado en un término remoto, susceptible de ser aproximado mediante una educación especial de la humanidad.

Se puede ser anarquista y monárquico, y hasta pensar que hace falta el reestablecimiento de la Inquisición, según el grado de progreso que se juzgue disfruta la humanidad actual y el término en que se coloque la realización del ideal, la conquista de la capacidad para vivir sin los mencionados vínculos, la perfección moral para cumplir sin la amenaza de una sanción los estrechos deberes de la solidaridad.

La nota saliente de *El dolor universal*, es la inconsecuencia de su autor, que no perdona ocasión de maldecir de aquella gran *revolución universal*, impropiamente llamada *revolución francesa*, que so-

bre lagos de sangre y montañas de cadáveres edificó los derechos políticos del hombre, enseñándoles así el procedimiento para edificar sus *derechos económicos*, cuando se convenza de que le son más necesarios que los políticos: arroja Faure á la faz de la revolución la sangre que derramó, los escombros de lo que tiró á tierra, menosprecia lo que construyó y él ataca y destruye, nada respeta su antorcha encendida; pero escribe al pie de sus quinientas páginas la palabra fin, *sin haber edificado nada.*

Una canasta preparada para los volúmenes que habían de ser objeto del auto de fe, recogió *El dolor universal*, mientras el Notario elegía su segunda víctima.

¡Vive Dios, que tengo desgracia!—exclamó con dolorido acento.—Tolstoi es para mí un verdadero ídolo; mil veces he proyectado ir á pie desde aquí á besar sus sandalias; no sé cómo le admiro más, si como artista ó como apóstol; pero la casualidad pone en mis manos la única de sus obras que merece la pena del fuego. *La sonata de Kreutzer,* un verdadero te-

soro si se mira desde el punto de vista literario; la forma de dialogar, maravillosa como siempre; el espíritu de observación sugestivo, encantador; las deducciones nada enfáticas, sencillísimas; pero el libro es un horrible atentado contra las leyes naturales. El amor, á quien tanta felicidad y tantas vidas debe la especie humana, es un exceso de nutrición, una función del estómago... ¡horror! Los placeres de la unión sexual, ocupación propia del *simius vulgaris*. Tolstoi en este libro coloca su intransigencia por encima de la mística repulsiva de San Mateo, San Pablo, San Francisco de Sales y cuantos han contribuído en el nombre del Dios que instituyó los sexos á que nuestras mujeres *por pudor* no se laven... Perezca, pues, *La sonata* y reivindiquemos á su autor poniéndonos de rodillas ante *Resurrección, La Guerra y la Paz, Ivan el Imbécil, El sitio de Sebastopol, Los cosacos, El canto del cisne, Nuevos Evangelios, El camino de la vida,* etcétera, etc.

Ustedes se dignarán perdonar estos

desplantes míos; pero hablo y obro así, porque el crítico concienzudo jamás se conceptúa superior al autor á quien juzga, como suele pensar el vulgo. Además, la crítica hoy no tiene carácter profesional, ni aun especial.

Homo sum: *humani nihil á me alienum puto.*

Yo, á pesar de mi carácter quijotesco y de mi entusiasmo por lo bello y lo bueno, he contenido mi actividad impulsiva en ocasiones que eran más bien las de enristrar la lanza, por ejemplo, cuando desde las páginas de una Revista ya muerta oía retumbar en el cerebro hueco de Ruiz Contreras soeces injurias contra Barrantes y Martínez Ruiz, injurias que todos toleramos porque la pluma roñosa de su autor, mal encubierto por un pseudónimo, se había mojado en la tinta agridulce de la crítica.

¡Feliz hallazgo!—prosiguió el Notario, volviendo á su tarea—. En nuestra visita á esa abigarrada iglesia, hemos encontrado la ornacina del gran Zola, del magnífico Zola á quien es preciso salvar de la

pena que en general hemos impuesto á estas deidades mitológicas que secaron las células del cerebro de nuestro buen amigo. He aquí un estante dedicado por completo al talentudo historiador de los *Rougon Macquard;* tomad, colocarlos en buen sitio; ahí van *Germinal* con su espíritu encarnado en el sesudo Suvorin, *Fecundidad*, *La Tierra*, *La Ralea, La bestia humana, Lourdes, Roma, París; Verdad, Trabajo*, *El dinero, La Taberna, Nana...*

—Me parece — interrumpió el Cura, quien, silencioso hasta entonces presenciaba el escrutinio—que procede usted con demasiada ligereza; siempre he tenido á Zola por un espíritu perverso, cuyas obras, extremadamente cínicas, han difundido por todo el mundo la inmoralidad y el crimen.

—Por mal sitio, padre, abre usted su índice; tan vulgar es confundir el realismo, que en Zola es original y admirable, con la inmoralidad, que no hemos de gastar tiempo en deslindar estos campos inconfundibles; por lo demás, Zola, que ha

hecho una literatura completamente nueva, no ha hecho una moral, ni una política, ni una ciencia nuevas; quizás tampoco se lo propuso, porque su talento clarísimo cuando le llevaba á documentarse prolijamente antes de hacer un libro, debió advertirle muchas veces que los débiles cimientos de su educación científica le vedaban la edificación de teorías sólidas en este sentido y el exceso de trabajo de que siempre se vió abrumado, le impidió asimismo las elucubraciones filosóficas, que si las hubiera hecho, serían admirables como toda su obra.

Así, pues, es preciso descartar al Zola literato, innovador vigoroso y genio indiscutible, del Zola sociólogo, filósofo y político, en cuyos conceptos no raya más alto que cualquiera vulgarísimo Salmerón. Es, sin embargo, grande hasta en sus genialidades, sabe escribir para el pueblo y hacerse entender de todos; con la mayor oportunidad lanza el *Yo acuso* sin tomar en cuenta los rugidos de la masa y sus libros, sin citas y cabalgando sobre el patiquebrado bagaje de una educación cien-

tífica incompleta, circularán por el mundo durante muchos siglos y serán admirados siempre por ateos y creyentes cuando éstos tengan decisión para vencer los infundados escrúpulos con que hoy los miran.

Aquí hay algo de lo que yo buscaba y á la vez temía encontrar, porque la intercesión de su autor, que me merece gradísimas consideraciones, no bastaría para conseguir un indulto á favor de *La conquista del pan,* en cuyo libro, Kropotkine, con entusiasmo de sectario, parece como si relatara minuciosamente un viaje al país de la hipótesis. Es un trabajo dedicado por completo al estudio del eterno problema económico-social, en el que nada se resuelve, porque desde el principio aparece descontado el factor *realidad.*

Pretende el príncipe anarquista que las futuras revoluciones se dirijan á dar á la propiedad carácter comunal, en cuya transformación cifra la base de que cada uno disfrute la mayor felicidad posible, olvidando, al hablar así, que la humanidad está atacada de un *mihismo fulminante*,

del que tardará en curarse más siglos que los que ha vivido hasta la fecha.

Pasemos por alto el poema sinfónico de la cocina colectiva, de la cual resultaría la esclavitud del estómago, que es lo primero que el hombre trata de emacipar, para fijarnos en algunos de los muchos errores que contiene este libro funesto. A la cabeza de él figura la afirmación de que hoy ya se produce lo suficiente para todos y nada puede decirse que sea menos verdad: los almacenes de calzado se agotarían antes de surtir á todos los que á pie desnudo recorren el pedregoso camino de la existencia; los almacenes de comestibles quedarían vacíos sin saciar el hambre de una centésima parte de la población; quizás se pudiera producir, si á ello concurrieren de buena fe todos los factores necesarios; pero hoy, por desgracia, no ocurre así.

Kropotkine no condena el Arte llamándole lujo inútil y perjudicial, como los filósofos analfabetos del cristianismo, pero lo relega á un lugar en que no es posible que encuentre condiciones de vida: el artista

sólo puede dedicarse al objeto de su vocación... después de haber cumplido la jornada reglamentaria de cinco ó más ó menos horas de trabajo manual; esto sólo puede *disponerlo* así quien tenga del Arte una concepción tan mezquina como Kropotkine, que lo fundamenta sobre la observación directa de la Naturaleza y no sobre los partos maravillosos y espléndidos de las grandes imaginaciones; pero aun así y todo, yo aseguro que el autor de *La conquista del pan* jamás hubiera hecho su libro, que es puramente imaginativo, si previamente y como obligación ineludible se le hubiera encerrado cinco horas en una fragua, en la obscura galería de una mina, en el ténder de una máquina ó en la sala de cajetines de una imprenta. El artista necesita, ante todo, libertad para su espíritu y lo que de esta condición se le robe, faltará de vigor y colorido á sus obras...

.....

Viajando yo en una ocasión por la provincia de Soria, vi un cuadro extraño que mi imaginación me reproduce siempre

que leo ú oigo hablar de la riqueza agrícola ó de la feracidad del suelo: un labrador de edad ya madura, uncido con un borriquillo, arrastraba un arado romano, cuya pesada esteva guiaba una mujer; sin duda el terreno, cuya extensión alcanzaba á más de seis hectáreas, pertenecía al pobre labrador; sobre él derramaba su actividad durante todo el año y con sus productos, á pesar de no gastar dinero en vestidos ni casi en alimentos, no podía ahorrar veinticinco pesetas para comprar otro borrico que quitara de su cerviz la abrumadora coyunda y emancipara de la ruda esteva á su compañera macilenta. ¡Cuánto daría yo por haber obtenido una fotografía de aquel cuadro horrible, para remitirla ahora al príncipe comunista en contestación y refutación del supuesto axioma que desde las últimas páginas de su libro dedica á esa humanidad enfanalada de las grandes poblaciones, la que cree que hay fábricas de patatas y de garbanzos!: «El labrador no pide más que una fracción de hectárea para hacer que crezca todo el alimento vegetal de una

familia...» de gorriones, hubiera yo añadido, si no temiera el gesto airado de los *ácratas*, que viven con la imaginación prendida de las barbas del genial príncipe, quien, sin duda, ignora que sólo la vigésima parte del suelo europeo es susceptible del cultivo intensivo.

Este libro, que tan honda perturbación ha producido en el proletariado manual, no hace sino llevar á los confines del mundo los muros del Falansterio, y fracasados hace mucho tiempo Fourier, Campanella, Cavet y demás propagadores del socialismo utópico ó reformista, no hay fundamento para colocar en cápsulas lo que no dió resultado en píldoras, ni para hacer de la humanidad un gran ejército sin uniforme ni una numerosa comunidad sin rito.

Condeno, pues, sin ningún remordimiento de conciencia, esta obra que por tan extraviados caminos ha conducido á la masa proletaria; ella, quizás más que ninguna otra, es la causa de que del anarquismo hayamos hecho una especie de Alhá que nos guarda huríes y vinos se-

lectos y baños perfumados para que, allende nuestras luchas, con la plenitud de los sentidos podamos gozar de todo sin fatiga ni límite.

Pesaroso estoy como un juez que, por no reñir con su propia conciencia, fallara en contra de su padre; pero he aquí una obra del mismo autor, que derecha viene á endulzar mi amargura. El autor la ha titulado *Campos, fábricas y talleres*, y es un maravilloso compendio de estadística aplicada, de demografía crítica. En ella se presenta su autor como hombre de talento positivo que, obedeciendo á su criterio personal, sabe edificar sobre la observación directa una obra que á la vez lo es de ciencia y de arte.

Al espíritu sutilísimo de Moreau, de Jonés y Engel, une Kropotkine la fuerza del comentario tan animado, vigoroso y sensato, que muchas veces hace perder de vista el criterio romántico de su autor. *Campos, fábricas y talleres* es una obra de estudio y utilidad, cuyo desconocimiento es imperdonable en los que de los problemas económicos nacionales ó inter-

nacionales se ocupan; en ella no hay razones arrojadas en el gran vacío de la utopía ni esfuerzos por transformar el sofisma en argumento. Ignoro el orden cronológico con que Kropotkine ha dado al mercado intelectual estas dos producciones; pero si la que en segundo lugar he mencionado es la primera, temo por el cerebro del simpático príncipe, y si fué la primera *La conquista del pan*, le felicito por haberse curado una enfermedad del espíritu, más temible por lo contagiosa que por lo grave.....

¿Qué contiene este volumen tan espléndidamente encuadernado? ¡Ah! Sí, las traducciones de tres ó cuatro de las obras de Nietzsche; aquí me veo perplejo para tomar una determinación acertada; tan poco crédito me merece su traductor Max Nordau como su apologista Lichtemberg; sólo encuentro á éste en lo firme cuando dice que el emblemático filósofo es el mejor médico para los enfermos de la voluntad. En la filosofía de Nietzsche no encuentro grandes novedades; tampoco siento por ella gran admi-

ración, porque, á mi juicio, muy sobre él está Shophenaüer; pero me gusta el escritor polaco porque sabe hacer pensar con sus fórmulas y sus frases dislocadas, que tienen el mérito de ser siempre vigorosas é intensas. Por la misma razón que prefiero no creer en Dios porque así encomiendo á mi inteligencia la tarea de buscar el *quid* y el *quare* de las cosas, prefiero las páginas de Nietzsche á las de cualquier otro filósofo: sabe hacer pensar y este es siempre un mérito apreciable.

Además, el autor de *El Anticristo* es un cantor entusiasta de la rebeldía y quizá en la rebeldía esté la clave de nuestra regeneración; durante veinte siglos han guiado á la humanidad las doctrinas de mansedumbre recogidas, formuladas y predicadas por Rabbi Jeshona, el preclaro hijo del carpintero de Nazareth y el estado político social de las nacionalidades actuales es mucho peor que el de la Roma imperial y el de la Grecia, y la concepción general de las ideas abstractas es hoy mucho más desatinada que la de aquellas nacionalidades.

Cuando los pueblos lograron romper las cadenas de la esclavitud, sin duda celebraron su triunfo con una orgía; los señores se aprovecharon, seguramente, de los efectos enervadores del alcohol y los engañaron para que se dejaran colgar al cuello el nudo corredizo de la disciplina; desde entonces la rebeldía es un pecado imperdonable, un delito afrentoso que hace que hasta las piedras se levanten en en contra del reo.

No quiero hablar de la disciplina en el Ejército, porque el tema es pecaminoso y no tengo interés en que el Gobierno me anuncie este libro en sus periódicos y documentos oficiales; tampoco es cosa que importe combatir; la que sí es deprimente, intolerable, francamente estúpida, es la disciplina política; condenar en política la rebeldía, es ponerle puertas al campo del genio y en España se da el caso estupendo de que aun dentro de los partidos más liberales, está prohibido tener opinión; lo que diga el jefe y nada más; pero sucede que el jefe no suele decir nada, á lo sumo hace... y se equivoca, porque ge-

neralmente, el jefe es un venerable anciano que ahorcó los libros en 1873 y se metió en su despacho-gabinete, concretándose á saber de la vida lo que le cuenta la cocinera ó el criado, á quienes cohibe con su mirada fosca de hombre superior.

Esta condenación de la rebeldía, ha llegado á crear una especie de *santonismo* que ahoga toda iniciativa civilizadora, somete á la juventud á una *cápitis diminutio* insoportable y envenena el ambiente para los *hombres substantivos*, haciendo á las *masas organizadas* incurrir en el ridículo de negar, por ejemplo, la infalibilidad del Papa y afirmar con *hechos* y palabras la de Salmerón, Maura y Montero Ríos.

La vulgarización de las obras de Nietzche sería probablemente un acertado tratamiento para curar á España de la parálisis intelectual y política que viene padeciendo; pero pedir vulgarización filosófica, es mucho pedir; cerca de cuarenta años hace que escribió Campoamor sustentando el mismo criterio que el autor de quien me ocupo: sus palabras eran ter-

minantes y fáciles de retener en la memoria: "Los hombres grandes—decía—no son sino rebeldes natos: Colón en un arranque de genio arroja Europa sobre América; Washington, devuelve luego el golpe arrojando la América sobre la Europa, etc.„ Campoamor disfrutó el beneficio de la longevida; fué contemporáneo de tres generaciones... las tres le conocen y le han conocido por sus *Humoradas*...

Después de la discusión suscitada al juzgar las obras de Zola, salió el Cura sigilosamente del aposento, pues las palabras del joven Notario eran escuchadas con gran interés por la concurrencia; así pudo el severo censor ejercer con más libertad sus funciones y de ello indudablemente se aprovechó al juzgar la mansedumbre impuesta por Jesús y sus discípulos. Restituyó á la estantería el tomo de Nietzsche y tendió la mano á otro volumen, que cogió al azar entre unos cuantos.

El satiricón, dijo, famoso panegírico de los vicios *contra natura;* la codiciable

pluma de Petronio puede llegar hasta despertar estos monstruosos apetitos en gente de espíritu poco domado; pero el libro tiene el mérito de haber quitado al latín el empalagoso olor á incienso y las letales cadencias de Miserere; para nuestra generación, descubre las tonalidades gratísimas del idioma del Latio, mal vislumbradas entre insulsos fragmentos de historia ó rígidos preceptos horacianos. La pornografía elegantísima de este libro es digna de perdón, porque gracias á él, nacerá y arraigará la afición al estudio del humorismo latino, que puede ser hasta manantial de ideas para una nueva fase del arte literario.

¿Ustedes tienen noción, preguntó el Notario limpiando con el pañuelo sus lentes de oro, de la influencia del industrialismo en el Arte literario? Pues influye de hecho y con dolorosa frecuencia sofisticando productos como en cualquier tenducho; aquí tienen ustedes una prueba; este libro, que pomposamente se llama *Filosofía del anarquismo*, tiene tanto de filosofía como yo de soldado de Hernán Cortés; quien

seducido por el título lo lee, seguro estoy de que á continuación se daría de bofetadas con su autor, porque no es posible idear un timo más descocado y cínico; no me explico por qué en las leyes dejan de estar previstos estos casos de sofisticación; perezca, pues, sin que su juicio nos robe más tiempo.

El nombre de *Renan* me hace vacilar; sus obras están saturadas de pensamientos admirables, yo las leo con interés y con gusto; pero veo que los meritísimos estudios del filósofo francés van ya pasando de moda; hoy nos interesa saber á clérigos y legos, no lo que fueron Cristo y su corte, sino lo que dijeron, y Renan da mucha más importancia á aquello que á esto...

.....

.....

Así hablaba el sesudo excrutador, cuando unos ayes estridentes comenzaron á sentirse dentro de la casa.

—¡Válgame Dios! ¡Cómo viene mi pobre hijo!—pudo al fin entenderse que decía la madre del ingenioso hidalgo.

Apoyado en los brazos robustos de dos

campesinos, con la cabeza vendada, cojeando y pálido como un cadáver, entró en la habitación de los libros, dejándose caer sobre la butaca que abandonó el cura á poco de comenzar el escrutinio.

Dirigióle su padre una mirada de reproche y antes de que articulara una palabra, el maltrecho aventurero, sacando fuerzas de flaqueza, se incorporó y dijo con aire contrito:

—Nada me digas, padre mío: *ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño;* todavía viven los asesinos de Cristo; sigo creyendo que el hombre nace bueno, pero la organización social envenena su corazón y su conciencia y vive siendo malo; por esto los efectos de su vida son los mismos que si malo hubiera nacido. El pueblo se embriaga con su propia ferocidad y de sus errores hace un alarde repulsivo; es bueno y dócil cuando está caído, cuando se arrastra por la tierra husmeando un mendrugo; sube al pescante de un coche y fustiga la cara de los que bebieron con él y con él partieron su pan; alguien cuelga una espada á su cintura,

su brazo no se cansa de descargar mandobles sobre la carne de su carne; el pueblo engendra los verdugos, que son el brazo ejecutor de la injusticia más flagrante; los tiranuelos de baja estofa que remachan cadenas ó mixtifican hechos á satisfacción de un superior hipócrita que vive, por lo general, escondido; los esbirros que fusilan al hombre consciente cuando en un arranque de individualidad se rebela contra la disciplina tlascalteca ó los distintivos indios que el vulgo respeta como cosa sagrada; los frailes que cuando hablan envenenan el alimento del espíritu... y los hombres del pueblo son prolíficos como las chinches... y las mujeres del pueblo son fecundas como la langosta, y esta fuerza genésica, empleada en el mal, porque el medio ambiente anula y contrarresta su virtualidad para el bien, es como el agua del torrente, que encauzada y dirigida por la Ciencia es fuerza positiva, y abandonada, fuerza negativa, destrucción, aniquilamiento, muerte... ¡infeliz de mí, que quise detener el torrente con mi mano, que acometí solo la obra que in-

cumbe á toda una clase, al proletariado intelectual, cuya misión es resolver el problema de las organizaciones humanas, repartir equitativamente el hambre, para que las raciones sean más pequeñas y encauzar hacia el bien la fuerza equivocada del pueblo.

Llevé, como tantos otros, un camino torcido; en vez de alistar domadores y maestros, me metí solo y con una espada sin punta ni filo en el bosque de las fieras: su baba repugnante manchó mi rostro, sus zarpazos rasgaron mis espaldas, sus dentelladas arrancaron pedazos de mi cuerpo y sus horribles coces rompieron mi cráneo... ¡Y pensar que la educación puede transformar la bestia en hombre! Pero esta educación sólo puede imponerla una legión de maestros, unida estrechamente y... entre las clases *cultas*, la solidaridad ni siquiera se presiente.

CAPÍTULO IV Y ÚLTIMO

De lo que verá el que leyere, si alguno ha tenido paciencia para llegar hasta aquí.

Sucede muchas veces que un dolor físico mata de golpe una preocupación ó un dolor moral; así un golpe recibido en la cabeza nos hace olvidar una contrariedad amorosa, etc., etc.; no sé cómo explica la Medicina este fenómeno, y palabra de honor que lo siento, porque era esta la mejor ocasión para haber enjaretado un par de cuartillas técnicas, que seguramente habían de valerme el visto bueno de los inteligentes y el aplauso entusiasta de los necios.

Es el caso que mi héroe, al salir bien molido y mal andante del pueblo en donde deshizo las cajas de resistencia, recobró el uso de la reflexión, comenzó á ver

las cosas tal y como las produce la vida y decidió *inmiscuirse* en su casa para siempre, como textualmente le aconsejó cierto licenciado en Filosofía y Letras que en una de sus malandanzas le *disparó* la suerte.

Curado de sus dolores físicos y repuesto de su estrabismo intelectual, olvidó sus malas lecturas y con arreglo á su leal saber y entender fué Juez en algunas ocasiones y Alcalde en otras, y llegó á saber decir, sin que su lengua sintiera calambres, *absolver posiciones*, en vez de contestar preguntas; *concluso*, por concluído; *presupuestar*, por presuponer, y otros mil disparates de los que en las Audiencias, Juzgados y Salas concejiles sirven de viciosa encarnación á nuestra ciencia oficial y de forma externa al espíritu *culto* y *sutil* de nuestra Administración y nuestro Derecho.

Aprendió á tomar chocolate á media tarde, á ponerse corbata los domingos, á redactar pagarés con la notabilísima fórmula: "Digo yo Fulano como soy en deber, etc.„, á llamar *Don* á todo el mundo,

á llevar más allá los mojones en aquellas tierras suyas que lindaban con otras de aprovechamiento común, á hablar *en cifra* con los comisionados de apremios y recaudadores de contribuciones y arbitrios, á servirse de hombres adjetivos para contratas y martingalas y á mil cosas más que le ayudaron á dejar un capital cuantioso y saneado cuando le llegó su día.

En honor á la verdad, he de decir que jamás se borró del todo en su espíritu la primitiva fisonomía; hablaba de su caballería andante con verdadero orgullo, sostenía siempre su teoría, aun cuando su vida fuera un eterno mentís, una eterna lucha contra ella, y avezado á la labor de disculpar su proceder, inventó para ello una magnífica fórmula que cubría su pasado como la losa de un panteón, esto es, guardando lo tangible y deleznable, la materia, y revelando el nombre, lo espiritual. Héla aquí:

"La situación penosa y aflictiva del proletariado, es la sanción natural contra su voluntaria ignorancia, y el empleo, vo-

luntario también, en el mal, de las fuerzas con que la naturaleza le ha dotado para el bien.„

Con esto él certificaba haber cumplido como bueno, imponía á la víctima el deber de reivindicarse y... añadía sentenciosamente: *qui potest capere capiat.*

PQ
6603
A76C4
1905

Barriobero y Herrán Eduardo
Cervantes de levita

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY